

La levantó y mostró sonriendo. «En mi jardín se verá espectacular o... en el alféizar de la ventana. La cuidaré mucho. ¿Quién pudo deshacerse de esta preciosura de manera tan despreciativa?». Sonrió. La observó de cerca a la altura de su cara detallando sus diferentes partes, prodigándole mimos y lanzándole besitos. «¡Arrancarla y tirarla!». No comentó lo que vio, pero lo pensó: «claro que está feíta».

Sus amigas la vieron y sonrieron. Francia no cambiaba, gracias a Dios. Estaban acostumbradas a esos sentimientos de amor ante cualquier ser vivo. También se alegraban de que no hubiese animales en la calle, porque tendría toda una fauna en su casa.

Al recoger la planta, Francia se percató que una de las hojitas tenía un lado aplastado y seco que la afeaba, no esperó más, «pobre», con la uña del pulgar y presionando contra el índice le quitó lo dañado; lo que hizo que desprendiera un líquido espeso y lechoso.

Lo palpó con los dedos y de inmediato se dio cuenta de que se adhirió a su yema, pegajoso, donde el día anterior, cortando un pollo para preparar un tikka masala, se había hecho una pequeña herida con el cuchillo y todavía permanecía abierta.

Las amigas se desternillaron de la risa burlándose al verla «acariciar» el pegoste. ¡Qué asco!

Francia no sintió repugnancia, pero sí un poco de aprensión porque podía infestársele el corte. Con asombro vio que, todo lo contrario de lo sospechado, la herida cicatrizó de inmediato.

«¡Increíble, la planta posee poderes curativos!»... «Estoy alucinando». Y se rio.

«Deben ser los tragos de anoche, seguro ya se me había cerrado y no me percaté».

No lo comentó, las amigas se burlarían. No necesitaban mucho para carcajearse doblando el torso y agarrarse